

Martí; en lo jurídico, como Hostos; en el fragor de la proclama, como Juárez) habría que exigirles permanentemente "sistema". A Haya de la Torre no le hacen falta sistema ni pertinencia, por cuanto ello es precisamente lo que acuerpa todo cuanto piensa y dice.

"El antimperialismo y el Apra" será un libro de mayor resonancia que muchos de los primeros escritos en nuestra América. Algunos motejarán hoy esta afirmación de parcial y de jactanciosa. El porvenir dirá. Pero, desprendiéndose de prejuicios, tendiendo sobre la mesa de las valoraciones los más robustos libros, nadie que realmente los haya leído encontrará mi juicio exagerado.

Aborda Haya de la Torre, en su nuevo volumen, el problema capital de Idoamérica. (Y no se alarmen los lectores apresurados sobre el contenido de este nombre que debe imponerse, y que nadie que se entere bien confunde con una extemporánea y absurda resurrección del Incario, o con una pugna por el predominio de la raza indígena: conceptos simplistas de lectores más ligeros de ojos que de sesos.) Aborda el problema del imperialismo. Y no con protestas ni proclamas. Al imperialismo no se le combate con gritos ni con actitudes negativas: se le domina construyendo un Estado eficiente, un Estado antimperialista. Tampoco se le ataca negando simplistamente la participación inevitable, por ahora, del capital extranjero.

Haya de la Torre anota que, en primer término, hay que controlar a este capital dentro del Estado; y, en segundo término, que el temor de que tal capital no concorra a nuestra economía al verse controlado es ilusorio, por cuanto dicho capital no viene a nosotros en son de caritativa prestación de servicios, sino porque nos necesita para invertirse, para obtener mano de obra más barata que en su país nativo y materias primas que no consigue en su metrópoli. De manera que, necesitando invertirse productivamente, no desdeñará ninguna tutela, si bien es cierto que siempre prefiere corromper a funcionarios criollos para ejercer su predominio sin trabas ni controles.

El ejemplo mexicano, del cual se vale Haya de la Torre para el planteamiento de su tesis del Estado de Frente Unico es, por demás, aleccionador. Y lo es también su planteamiento de nuestro coloniaje. Es verdad, arguye el autor, que las clases conservadoras se aferraron a la Revolución Francesa, y que hoy tratan de imitar al Fascismo italiano, siempre pendientes de lo europeo, a pesar de los yerros cometidos por tan servil imitación. Pero no es menos exacto que las clases oprimidas, en vez de buscar su defensa efectiva, sus medios propios; en vez de adecuarse a la realidad, también se echan en brazos del Comunismo ruso, oponiendo así una imitación a otra imitación, sin considerar las peculiaridades insobornables de nuestro medio físico, de nuestra realidad histórica y de nuestra estructura social. Coloniaje versus coloniaje, lo que interesa es concretar algo que corresponda a nuestro modo de ser, de producir y de pensar; y ese algo es el Apra.

¿Que no conviene a todos los países, por igual? Desde luego que no. Un país semi industrializado tiene problemas diversos al de un país esencialmente agrario; la economía ecuatoriana no padece las mismas crisis que la chilena o la argentina; y, por otra parte, las subsistencia del ayllu en Bolivia y el Perú da a su estructura social acento diverso al de la división regional de Colombia y al de la inmigración en Argentina. Mas tales discrepancias inevitables que marcan modos de solución dispares, no significan que haya antagonismos irreconciliables entre país y país—lo que daría un mentís a Bolívar—, sino que son como voces disonantes de una misma familia, de una misma tierra sometida al problema agobiador del imperialismo y de la oligarquía, en lo que andan de acuerdo todos los observadores atentos de nuestro continente, bien sea un español como Ortega, un alemán como Keyserling, un francés como Siegfried o un norteamericano que podría llamarse Beals, Gruening o Herring.

"El antimperialismo y el Apra" tiene, sobre otras obras análogas, la ventaja

de que no recomienda un específico ni una panacea. Enuncia problemas, indica sus raíces, muestra las fuentes documentales, insinúa soluciones y las coteja con las tesis apristas. Haya de la Torre, con cautela de analítico y con honestidad de hombre de estudio, aborda así un problema esencial. Si en vez de lucir un patronímico de inconfundible origen hispano, usara un apellido terminado en "owski" "ermann" o "itvinoff", se le discutiría menos, por la misma razón por la cual los frentes antagónicos suelen dividirse por el modelo que cotejan, tanto o más que por la angustia que padecen y el agobio y el privilegio que los separa.

Con todo, no ha sido poca la tarea efectiva de liberación espiritual cuando, tras las afirmaciones documentadas y serenas del autor, han conquistado una fe—que les faltaba—medio millón de peruanos, y numerosas meznadas juveniles en Argentina, Cuba, Costa Rica, Paraguay, Panamá, Ecuador y Colombia, en donde el pensamiento americano comienza a ser respetado como pensamiento en sí, y las etiquetas pierden día a día su eficacia por importadas y de lujo que sean. (No me refiero a Chile porque, residente transitorio en él, cualquier cumplido pudiera parecer halago interesado o adulación; y una censura excesiva o moderada incitaría a quienes creen que el nacionalismo consiste en que el extranjero no pueda pensar en voz alta, debiendo juzgarse, si lo hace, como descortés, inurbano y hasta desagradecido. Amén de que el árbol suele impedir que se vea la selva por la cercanía.)

Repito: "El antimperialismo y el Apra" plantea problemas cardinales. La discusión con comunistas y fascistas adquiere en sus páginas una sobriedad elevada y sin dicterios. Se trata de aportar soluciones, no de darse de codazos para asomar la cabeza sobre la grey. Y en tal empeño estoy seguro de que este notable libro de Haya de la Torre ha de ser apreciado en lo que vale. O en términos pedestres y vulgares, como un intento de hallar sombrero para nuestra cabeza, en vez de andar en busca de cabeza para el sombrero, *dernier cri* que nos viene de allende el mar.

Santiago de Chile, 1936.

## Plataforma electoral del Partido Socialista Norteamericano

La convención nacional del Partido Socialista de los Estados Unidos, reunida en Cleveland, Ohio, designó formalmente a Norman Thomas como candidato del Partido para las próximas elecciones presidenciales.

El nombramiento se hizo el 25 de mayo, redactándose en la misma fecha la plataforma electoral del Partido, de acuerdo con los siguientes lineamientos:

Nacionalización de las grandes industrias. Control sobre la agricultura. Semana de 34 horas de trabajo. Salarios mínimos. Prohibición de emplear las fuerzas de policía en las disputas obreras. Aumento de los impuestos directos. Aumento de los impuestos sobre la herencia. Abolición de toda clase de restricciones a la libertad de imprenta y de palabra. No intervención en los países latinoamericanos. Limitación de armamentos. Renuncia a los derechos extraterritoriales en China y en otros puntos.